

10

ESTUDIO DEL EVANGELIO PARA
MUJERES QUE ESTÁN EN LA CÁRCEL

Es una prueba. Solo
es una prueba.



LA IGLESIA DE
JESUCRISTO
DE LOS SANTOS
DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

Es una prueba. Solo es una prueba.

HERMANA SHERI L. DEW, SEGUNDA CONSEJERA DE LA PRESIDENCIA GENERAL DE LA SOCIEDAD DE SOCORRO (*EN SIGN*, JULIO DE 2000, PÁGS. 62-66)

La hermana Dew captó la visión de por qué debería practicar el piano

Mi madre hizo que recibiera clases de piano, y como soy su hija mayor y ella todavía no se había desgastado por la tarea de estar detrás de cinco niños para que ensayaran todos los días, me tuvo ensayando a pesar de mis lloriqueos. El hecho de que finalmente estudiara piano durante 15 años es en gran parte un tributo a su tenacidad. Ojalá tuviera un dólar por cada vez que me dijo que algún día le estaría agradecida por toda aquella tortura musical.

Como siempre, ella tenía razón. Le he dado las gracias una y otra vez por esa introducción al teclado, porque en algún momento entre los primeros compases de canciones como "Cumpleaños feliz" y "Rhapsody in Blue" me enamoré de la música, especialmente de la música clásica, que en sus pasajes más magníficos me hizo sentir como si el corazón fuera a salirse del pecho; en otras palabras, hizo que mi joven espíritu se elevara.

Una vez más, todo el mérito es de mi madre. No tendría yo más de 10 u 11 años cuando ella me dio una pila de álbumes clásicos, presentándose así a algunos de los grandes compositores cuyas obras se caracterizaban por pasajes musicales dramáticos y lo que yo llamo el Gran Final.

Me quedaba horas frente al equipo de música escuchando el tercer movimiento del segundo concierto para piano de Rajmáninov o su "Preludio en do sostenido menor", mientras me imaginaba a mí misma ante un gran piano de cola negro y brillante en el Carnegie Hall. Imaginé mi debut allí, con gran ovación incluida. Imaginé que sería humilde pero brillante, lo suficientemente brillante como para hacer llorar a todo el público, incluyendo

a mi madre. En alguna parte de mis sueños, capté la visión de cómo sería el sentimiento de poder tocar de manera tan hermosa que se elevara el corazón de otras personas.

A partir de ese momento, ella ya no tuvo que motivarme a ensayar. Una vez que capté la visión de las posibilidades, la motivación para dominar el piano llegó de dentro. ¿Estoy diciendo que de repente ensayar se convirtió en algo agradable? ¡Por supuesto que no! A menudo se me hacía pesadísimo, pero encontré una técnica que me ayudó a soportar aquellas tediosas horas de práctica día tras día. Cuando me proponía abordar una nueva pieza, primero memorizaba el Gran Final hasta dominarlo, mientras me visualizaba en un concierto en el que el público se ponía de pie con el último acorde. Imaginar lo grandioso que sería el Gran Final me hacía seguir adelante durante meses de ensayos de pasajes técnicos que no aportaban ni de lejos el mismo sentido de dramatismo, pero que había que dominar de todos modos.

En pocas palabras, mis progresos en el piano y mi motivación para ensayar aumentaron drásticamente cuando capté la visión de mi potencial.

La visión de nuestras posibilidades

Mis progresos en el piano y mi motivación para ensayar aumentaron drásticamente cuando capté la visión de mi potencial.

Nos vemos temporalmente afectadas por la amnesia de la mortalidad; pero así como mi espíritu se conmovió por la majestad de aquellos dramáticos pasajes musicales y la posibilidad de interpretarlos sin errores, por medio del poder del Espíritu a menudo "percibimos una chispa",

como nos enseñó el presidente Joseph F. Smith, “de las memorias despertadas del alma inmortal, la cual ilumina todo nuestro ser como con la gloria de nuestra morada anterior”¹. Es el Espíritu quien también arrojará luz sobre nuestro potencial final, el más grande de todos.

Si, por el contrario, no somos capaces de captar la visión del Gran Final, es decir, una imagen clara de quiénes somos y en qué nos estamos convirtiendo, ¿cómo podemos estar dispuestos a ensayar? La vida, como la música clásica, está llena de pasajes difíciles que se conquistan tanto mediante la perseverancia y la determinación como mediante cualquier habilidad particular.

La visión de que somos hijos de Dios puede ayudarnos a sobrevivir las pruebas de la vida

Hace años, este anuncio solía interrumpir la programación televisiva en los Estados Unidos: “Esta es una prueba del sistema de radiodifusión de emergencia. Solo es una prueba. Si se tratara de una emergencia de verdad, se le notificaría por medio de este canal”.

Ciertamente, esta vida es una prueba. Es una prueba de muchas cosas: de nuestras convicciones y prioridades, nuestra fe y fidelidad, nuestra paciencia y resistencia, y, en definitiva, de nuestros mayores deseos. Sin embargo, hay momentos en los que la visión y la esperanza de un Gran Final se ven atenuadas por las exigencias inmediatas; hay días en los que una podría desear un examen mortal que fuera un poco más manejable.



Afortunadamente, nuestra experiencia aquí es un examen a libro abierto. Sabemos por qué estamos aquí, y tenemos un extenso conjunto de instrucciones de la mano de profetas antiguos y modernos. Pero a riesgo de sonar simplista, permítanme sugerir que la experiencia mortal

es en gran medida cuestión de visión: nuestra visión de nosotras mismas y de nuestro Gran Final definitivo; y la visión está determinada por la fe. Cuanto más firme sea nuestra fe en Jesucristo, más clara será la visión que tengamos de nosotras mismas y de lo que podemos lograr y llegar a ser.

“Sin profecía, el pueblo se desenfrena” (Proverbios 29:18); y tal vez nada sea más vital para nuestra supervivencia espiritual que una visión de quiénes somos y lo que podemos llegar a ser, de nuestro valor intrínseco para el Señor y del papel sin igual que debemos desempeñar en estos últimos días. Somos literalmente la descendencia de Dios, hijos e hijas Suyos, con el potencial de la Exaltación [véase Hechos 17:29]. “Porque el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios, y coherederos con Cristo” (Romanos 8:16-17).

Cómo aumentar nuestra fe

Pero ¿cómo podemos tener una visión clara de quiénes somos? ¡La luz es una clave para la visión! Jesucristo es la Luz suprema, la “luz que brilla en las tinieblas” (D. y C. 6:21), la luz que desecha “las tinieblas de entre [nosotras]” (D. y C. 50:25). La fe en Jesucristo es la clave para la visión, para vernos a nosotras mismas como el Señor nos ve. Por lo tanto, para mejorar nuestra visión debemos aumentar nuestra fe en el Salvador y nuestra conexión con él.

No es casualidad que la fe en Jesucristo —no solo creer *en* Él, sino *creerle* a Él— sea el primer principio del Evangelio. El presidente Gordon B. Hinckley dijo: “De todas las cosas que necesitamos, considero que la más urgente es un aumento de nuestra fe”².

A veces tendemos a definir a los que no creen como apóstatas o agnósticos, pero quizás esa definición sea demasiado estrecha. ¿Qué hay de aquellas de nosotras que hemos recibido un testimonio de la divinidad del Salvador y, sin embargo, en el fondo de nuestro corazón no creemos que Él *nos* vaya a ayudar? Creemos que Él ayudará a otros —al presidente Hinckley, al Cuórum de los Doce, a la presidenta de la Sociedad de Socorro de estaca— pero no a nosotras.

Aceptamos el don del Salvador al creer que Él realmente nos ayudará

¿Alguna vez seleccionaron cuidadosamente un regalo para alguien, se lo entregaron y se llevaron un gran chasco? Tal vez un simple “gracias” suene indiferente e incluso desagradecido. De manera

similar, debe resultarle decepcionante al Señor, quien ofreció el sacrificio supremo, cuando por nuestra incredulidad esencialmente rechazamos Su don y, por lo tanto, la ayuda que nos ofrece [véase D. y C. 88:33].

La negativa a creer que el Salvador está presto a librarnos de nuestras dificultades equivale a rechazar el don. Es trágico cuando nos negamos a acudir a Aquel que pagó el precio supremo y a permitir que nos eleve. *La vida es una prueba* [véase Abraham 3:25], pero el auxilio divino está a nuestro alcance para ayudarnos a llevar a cabo con éxito este examen tan crucial.

Nefi reprendió más de una vez a sus hermanos mayores por su incredulidad: “Sí, y, ¿cómo es que habéis olvidado que el Señor tiene poder de hacer todas las cosas según su voluntad, para los hijos de los hombres, si es que ejercen la fe en él?” (1 Nefi 7:12). Sí, ¿cómo es posible? Es una pregunta que podríamos hacernos a nosotras mismas. El Señor *puede* hacer todas las cosas; pero es nuestra fe en Él, incluso nuestra disposición a creer, lo que activa el poder de la Expiación [del Salvador] en nuestra vida. “Somos vivificados en Cristo a causa de nuestra fe” (2 Nefi 25:25). Me encantan las palabras de Nefi cuando le dice a sus hermanos en referencia al Señor: “Y ama a los que lo aceptan como su Dios” (1 Nefi 17:40), o en otras palabras, a los que lo aceptan a Él y Su don.

Uno podría pensar que es fácil aceptar [a Jesucristo] y tener fe en [Él y] el don de la Expiación, pero me temo que algunas personas saben lo justo sobre el Evangelio como para sentirse culpables de no estar a la altura de alguna norma no definible, pero no saben lo suficiente sobre la Expiación como para sentir la paz y la fuerza que nos brinda. Tal vez algunas de nosotras no sabemos cómo atraer el poder de la Expiación a nuestra vida, mientras que otras no están dispuestas a buscar sus bendiciones, y hay quienes no piden porque no se sienten dignas. Es una gran ironía que el evangelio de Jesucristo, que abarca el poder de salvar a todos los seres humanos y de fortalecer a cada alma, se interprete a veces de tal manera que se produzca un sentimiento de insuficiencia.

Cómo vernos a nosotras mismas con claridad

¿Recuerdan la conversación en el clásico de animación *El rey león* entre el difunto rey Mufasa y su joven hijo, Simba, que se entrega a una vida desordenada tras la muerte de su padre? Simba ve a su padre en una visión y cuando intenta justificar

su estilo de vida carente de rumbo, su padre le enseña una verdad divina: “Olvidaste quien eres porque me olvidaste a mí”.

¿Por qué debería importarme?



La vida es dura y puede que a veces se sienta desesperada o desamparada.

Jesucristo se sacrificó por usted.

Él está presto a ayudarla si tan solo se lo pide.

Usted merece Su ayuda porque Él la ama.

Cuanto más nos acercamos a nuestro Padre Celestial, más clara y completa se vuelve nuestra visión de quiénes somos y qué podemos llegar a ser. Me conmueve la relación entre nuestra fe en el Señor y la forma en que nos vemos a nosotras mismas, porque he pasado gran parte de mi vida luchando por sentir que estaba a la altura. Mientras crecía, era dolorosamente tímida; me viene a la mente la expresión “una rechazada social”. Para empeorar las cosas, en sexto grado ya medía un metro y setenta y ocho centímetros. Un metro y setenta y ocho centímetros no es una altura popular para una niña de sexto grado. Era una Santa de los Últimos Días en una comunidad donde éramos muy minoritarios. El hecho de que tuviera un gran tiro en elevación en baloncesto no se traducía bien socialmente. Los chicos eran mis mejores amigos, pero no me invitaban a salir con ellos; además, yo era una chica de granja. Aunque nuestro pequeño pueblo tenía cuatro mil habitantes, había una clara distinción social entre los que vivían en él y los que vivían en el campo. No había nada bueno en ser una chica de granja Santa de los Últimos Días, alta y robusta (como solía decirme la abuela). No podía hacer lo que hacían mis amigos ni ir a donde ellos iban. Yo era diferente, y para un adolescente, ser diferente es mortal.



La hermana Dew se sentía insuficiente cuando era joven

El verano siguiente a mi segundo año de secundaria tuve una experiencia que me convenció de que estaba destinada a una vida de mediocridad. Nuestra pequeña Mutual fue a una conferencia de jóvenes y una de las clases a las que asistí trataba el temido tema de la autoestima. Un día, a mitad de su presentación, la oradora me señaló de repente y me pidió que me pusiera de pie y me presentara. No pude hacer nada más que murmurar mi nombre y dejarme caer de nuevo en la silla. Fue penoso.

Obviamente, no había demostrado lo que la oradora esperaba, así que señaló a otra joven: una chica alta, delgada y con una cabellera hermosa y larga. Rebosaba aplomo por los cuatro costados cuando se puso de pie y se presentó, concluyendo con unas palabras de agradecimiento a la oradora por su maravillosa presentación. Durante todo el tiempo yo estaba pensando: "Venga, siéntate. Nadie te ha pedido que le arrojes flores"; pero la comparación entre nosotras dos no me dejó indiferente. La oradora solo empeoró las cosas cuando dijo: "Parece que la jovencita de Kansas no se siente tan bien consigo misma como la de Salt Lake City".

Todavía me veo en el asiento posterior del vehículo mientras viajábamos de regreso a Kansas. Contemplé el futuro entre pequeños estallidos de lágrimas, y las cosas no parecían prometedoras. No estaba a la altura, y temía no estarlo nunca. Bueno, tampoco quiero exagerar las cosas. En mi juventud tuve experiencias fantásticas y otras decepcionantes, igual que ustedes; pero padecía un profundo sentimiento de insuficiencia.

Le rogué a Dios que cambiara mis circunstancias, porque creía que nunca podría ser feliz hasta que Él lo hiciera. En vez de ello, Él cambió mi corazón. Le pedí que me quitara mi carga, pero me fortaleció para que pudiera soportar las cargas con facilidad.

Aprendió a centrarse en lo que tenía, en lugar de en lo que no tenía

Arrastré mis inseguridades hasta la universidad en BYU, y como resultado de ello sufrí en el ámbito social, escolar y espiritual. Cuando, durante mis estudios de posgrado, una amistad terminó de manera decepcionante, me subí a mi pequeño Toyota y volví a casa para pasar unos días buscando consuelo. Durante una semana estuve rumiando la tristeza y apiadándome de mí misma. Una tarde bajé a la habitación de mi hermano y vi su diario en la mesita de noche. Brad tenía 13 años y pensé que sería divertido ver las perlas de sabiduría que había escrito. Las entradas eran predecibles: deportes, chicas y motocicletas; pero luego llegué a la entrada que había escrito el día que llegué a casa inesperadamente procedente de BYU: "Hoy Sheri volvió a casa de BYU. Me alegro muchísimo de que esté de vuelta, pero no parece muy feliz. Desearía

que hubiera algo que pudiera hacer para ayudarla, porque la amo de verdad”.

Como se pueden imaginar, las lágrimas comenzaron a fluir. Pero las dulces emociones desatadas por las palabras de mi hermano desencadenaron una sensación aún más potente, pues casi de manera instantánea me embargó un profundo sentimiento de amor y aceptación divinos y, simultáneamente, una impresión muy clara de que debía dejar de centrarme en todo lo que no tenía, porque tenía lo suficiente, y empezar a hacer algo con lo que sí tenía.

Fue un momento profundo para mí. No chasqué los dedos y de repente me sentí confiada en la vida, pero no podía negar que el Espíritu había hablado y que el Señor me amaba y sentía que tenía algo que aportar. Fue el comienzo de verme con nuevos ojos.

“Él nunca nos abandonaría”

A los treinta y pocos años me enfrenté a una decepción personal que me rompió el corazón. Desde un punto de vista distorsionado por el dolor emocional, no podía creer que nada ni nadie pudiera quitarme la soledad o que alguna vez me sentiría completa o feliz de nuevo. En un intento por hallar paz, consuelo y fuerza, me volví al Señor como no lo había hecho antes. Las Escrituras se convirtieron en un salvavidas, llenas de promesas que nunca había percibido de la misma manera: que Él sanaría mi corazón quebrantado y me quitaría el dolor, que me socorrería y me libraría de la desilusión.

El ayuno y la oración cobraron una nueva intensidad, y el templo se convirtió en un lugar de refugio y revelación. No solo aprendí que el Señor *podía* ayudarme, sino que *lo haría*. A mí, una miembro normal de la Iglesia, que crecí en una granja, sin títulos rimbombantes ni llamamientos espectaculares. Fue durante ese periodo agonizante cuando comencé a descubrir cuán magnífico, penetrante y personal es el poder de [Jesucristo y Su] Expiación.

Le rogué a Dios que cambiara mis circunstancias porque creía que nunca podría ser feliz hasta que Él lo hiciera. En vez de ello, Él cambió mi corazón. Le pedí que me quitara mi carga, pero me fortaleció para que pudiera soportar las cargas con facilidad (véase Mosíah 24:15). Siempre había sido creyente, pero no estoy segura de haber entendido qué o quién era en lo que creía.

El presidente George Q. Cannon (1827–1901), por entonces consejero de la Primera Presidencia, enseñó: “Cuando entramos en las aguas del

bautismo y concertamos un convenio con nuestro Padre en los cielos de servirle y guardar Sus mandamientos, Él se comprometió también, por medio de un convenio con nosotros, a no abandonarnos nunca, a no dejarnos solos, a no olvidarnos nunca; a que en medio de las pruebas y las dificultades, cuando todo estuviera dispuesto en nuestra contra, Él permanecería cerca de nosotros y nos sostendría”. Ese fue su convenio¹³.

La disposición a creer

Y todo comienza con la disposición a creer. “Porque si no hay fe entre los hijos de los hombres, Dios no puede hacer ningún milagro entre ellos” (Éter 12:12).

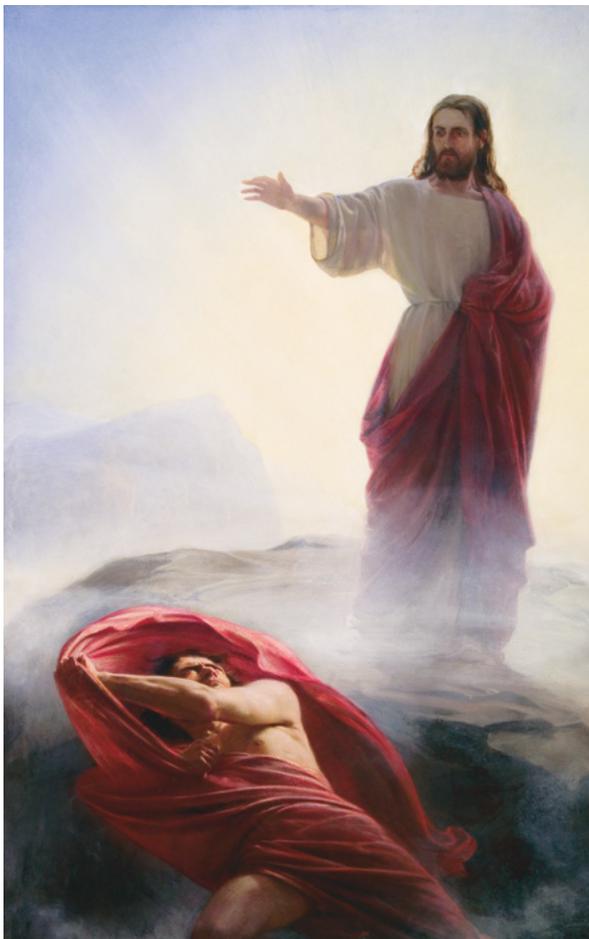
¿Creen que el Salvador realmente hará por *ustedes* lo que ha dicho que hará? ¿Que Él puede aliviar el agujón de la soledad y permitirles lidiar con esa inquietante sensación de insuficiencia? ¿Que Él las ayudará a perdonar? ¿Que Él puede llenarlas de optimismo y esperanza? ¿Que Él las ayudará a resistir su mayor tentación y a domar su debilidad más molesta? ¿Que Él responderá a su más profundo anhelo? ¿Que Él es la única fuente de consuelo, fuerza, guía y paz que no cambiará, que no las traicionará y que nunca las decepcionará?

El padre de las mentiras

El adversario, por supuesto, intenta obstruir nuestra visión y socavar nuestra fe. Hará cualquier cosa para confundirnos acerca de quiénes somos y a dónde vamos porque ya ha perdido su privilegio de ir allí.

Satanás quiere que fallemos en la prueba en la tierra, que renunciemos a cualquier esperanza de Gran Final. Ciertamente, tras eones de práctica, el adversario ha perfeccionado las artes del engaño, la desesperación y el desánimo. Vean si alguna de las siguientes técnicas les resulta familiar.

1. Él trata de emborronar nuestra visión de por qué estamos aquí y hace que nos preocupemos por esta vida. Desea que nos distraigamos y nos dediquemos a cualquier cosa salvo el motivo por el que vinimos.
2. Quiere que nos sintamos insignificantes, que no importa cuánto lo intentemos, nunca marcaremos una gran diferencia.
3. Trata de agotarnos, creando la imagen de que no es importante perseverar hasta el fin.
4. Nos impulsa a juzgarnos y evaluarnos mutuamente, una práctica que es degradante tanto para la persona que juzga como para la que es juzgada.



5. Susurra que la vida no es justa y que si el Evangelio fuera verdad nunca tendríamos problemas ni decepciones.
6. Intenta adormecernos para que dejemos de lado nuestras normas.
7. Cultiva sentimientos de culpabilidad y desánimo.
8. Se esfuerza mucho por socavar nuestra tendencia innata a nutrir a los demás y cuidar de ellos.
9. Quiere hacer que el mandamiento de ser perfectos nos paralice.
10. Quiere que estemos tan ocupados que no tengamos tiempo para vivir el Evangelio, para ayunar y orar, para sumergirnos en las Escrituras y adorar en el templo: todas las cosas que necesitamos hacer con el fin de "estudiar" para nuestro examen terrenal.
11. Se deleita en presentar la religión como restrictiva y austera en lugar de liberadora y vivificante.

La lucha por el bien

Jesucristo es el antídoto para las distracciones del adversario. La luz es más fuerte que la oscuridad. Jesucristo ilumina nuestra visión de quiénes somos y por qué estamos aquí, y nos da valor para avanzar en el camino hacia nuestro hogar celestial. La recompensa potencial es demasiado buena para ser cierta, un Gran Final que hace que Rajmáninov palidezca en comparación.

Así como las motivaciones de Satanás se han determinado claramente, también las del Salvador, cuya obra y gloria expresa es "llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre" (Moisés 1:39). "Él no hace nada a menos que sea para el beneficio del mundo; porque él ama al mundo, al grado de dar su propia vida para traer a todos los hombres a él" (2 Nefi 26:24). El contraste entre el Salvador y Satanás es impresionante. Es la diferencia por excelencia entre la luz y la oscuridad, la arrogancia y la humildad, el egocentrismo y la caridad, el poder utilizado para destruir y el utilizado para bendecir. Es la batalla entre el bien y el mal personificada.

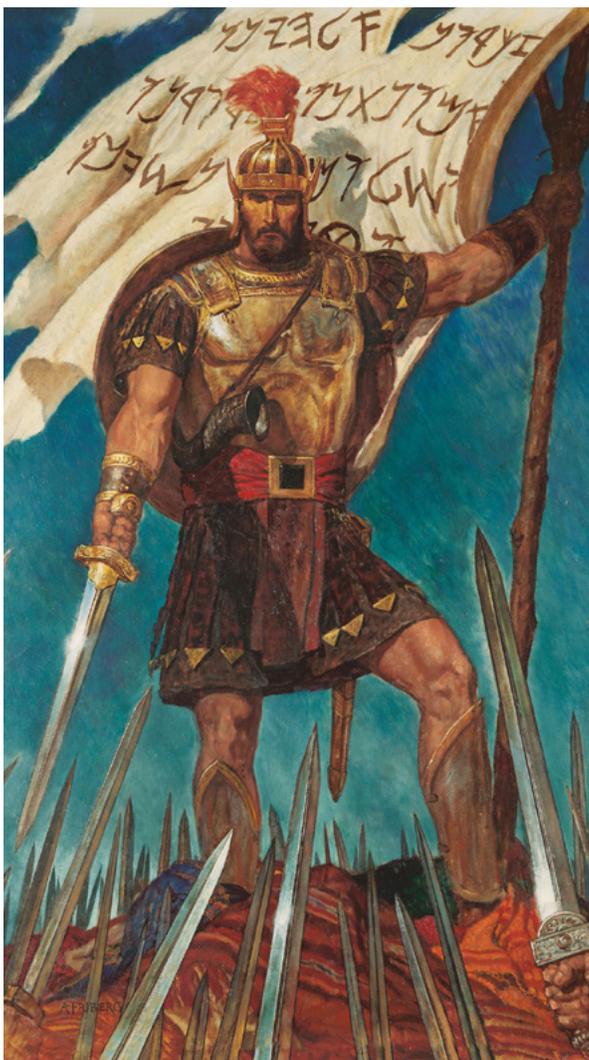
El presidente Ezra Taft Benson enseñó hace doce años: "Jamás han estado las fuerzas del mal y las fuerzas del bien tan perfectamente organizadas sobre la faz de la tierra [...]. No hay lugar a dudas de cuál será el resultado final: las fuerzas del bien ganarán. Lo que todavía está por verse es *de qué lado* estaremos en la batalla [...], y con qué *determinación* apoyaremos nuestra causa [...]. De las grandes batallas nacen los héroes y las heroínas"⁴.

Somos un batallón del ejército del Señor

¿No somos como los ejércitos del capitán Moroni que, aunque muy superados en número, estaban inspirados por "una causa mejor, pues no estaban luchando por monarquía ni poder, sino que luchaban por sus hogares y sus libertades, [...] sí, por sus ritos de adoración y su iglesia"? (Alma 43:45).

¡Ustedes y yo componemos un batallón esencial en el ejército del Señor! Alcémonos en esta, la mayor causa de la tierra. Avancemos juntas con la fuerza del Señor. Más que nunca, Él necesita nuestra fe y fidelidad, nuestra vitalidad e ingenio, nuestro compromiso y convicción inquebrantables.

Esta vida es una prueba. También es un glorioso privilegio. Ruego que nos esforcemos por lograr el tipo de Gran Final que describió el Apóstol Pablo: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor [...] en aquel día" (2 Timoteo 4:7-8). Ruego que edifiquemos y mantengamos la fe; que podamos avanzar juntas con una visión clara de quiénes somos, cuál es nuestro objetivo y cuán vital es nuestra contribución al Reino del Señor.



El capitán Moroni inspiró a los nefitas sosteniendo el estandarte de la libertad. *El capitán Moroni y el estandarte de la libertad*, por Arnold Friberg.

Hágalo usted misma



La fe es como una semilla que requiere cuidado y atención para ayudarla a crecer (véase Alma 32:28-43).

Escriba un poema o haga un dibujo en otra hoja para mostrar cómo su fe puede crecer y fortalecerse como una semilla.

[Nota: En este artículo se añadieron o modificaron subtítulos. Algunas de las citas se trasladaron del texto del discurso a las notas finales].

Notas finales

1. *Doctrina del Evangelio*, 1978, págs. 13-14.
2. "Padre, aumenta nuestra fe", *Liahona*, enero de 1988, pág. 54.
3. *Gospel Truth*, selección de Jerreld L. Newquist, 2 tomos, 1974, tomo I, pág. 170.
4. "En sus pasos", *Liahona*, febrero de 1989, págs. 2-3.

3. La hermana Sheri L. Dew enseñó: "¿Creen que el Salvador realmente hará por ustedes lo que ha dicho que hará? ¿Que Él puede aliviar el aguijón de la soledad y permitirles lidiar con esa inquietante sensación de insuficiencia? ¿Que Él las ayudará a perdonar? ¿Que Él puede llenarlas de optimismo y esperanza? ¿Que Él las ayudará a resistir su mayor tentación y a domar su debilidad más molesta? ¿Que Él responderá a su anhelo más profundo? ¿Que Él es la única fuente de consuelo, fuerza, guía y paz que no cambiará, que no las traicionará y que nunca las decepcionará?". ¿Cuál es su respuesta a esta enseñanza?

4. La hermana Sheri L. Dew enumeró once tácticas utilizadas frecuentemente por Satanás para engañarnos en la vida terrenal. ¿Se ha utilizado alguna de ellas con eficacia en contra de usted? ¿Qué puede hacer para contrarrestar los engaños de Satanás?

5. ¿Qué más ha aprendido en esta lección que le gustaría compartir?

Nombre _____ Reclusa _____

Tenga a bien contestar las preguntas en este formulario de respuesta; separe la hoja y envíela a la dirección siguiente:

Correctional Services
50 East North Temple Street
Salt Lake City, UT, 84150
1-801-240-2644

Solicite la siguiente lección que le gustaría estudiar: _____